

Ficciones y realidades

(Continúa)

A los últimos exámenes que Maruja y sus hermanos presentaron, y que servían de final á los estudios que el programa prescribía, asistieron don Aniceto, doña Teresa y Jeromo, galantemente invitados por don Benito. No entra nuestra pluma á describir el salón de actos del convento. Sería para mucho decir los toques de gracia y de arte con que las monjas habían sabido embellecerlo. Diremos sólo, y por lo que hace á nuestro asunto, que Maruja en aquel día estuvo feliz y encantadora; que despertó vivas simpatías en todo el concurso, y que en el examen llevó nutridos aplausos por lo sencillo y correcto de los modales y lo preciso de las respuestas.

Jeromo, que presenciaba el triunfo, se sentía enajenado. El amor estalló en su pecho. Amaba á Maruja. Y ahora en el pueblo podía darse del todo á alimentar el fuego que le prendía el corazón. Los miramientos y atenciones que tenía con ella, y que aparecían harto diferentes de los que estila la amistad, hicieron que las gentes que asistían á las reuniones se dieran cuenta de la pasión que le agitaba. Jeromo, que era despreocupado y parlero además, cuando hablaba con Maruja perdía la locuacidad y se sentía como cohibido por fuerza extraña.

Era preciso decirle que la amaba, pero siempre que lo intentaba le escaseaba el ánimo, y de espera en espera pasaba el tiempo. Al fin un día la ocasión se presentó halagadora.

Jeromo la aprovechó, y con voz azorada é insegura le declaró su amor. Maruja, turbada por lo que oía, sintió que el carmín le prendía el rostro; bajó los ojos; en su

confusión no encontró palabras de respuesta. Desde entonces solía pasar largas horas pensativa; si estaba sola, dejaba vagar la mirada incierta como si viajara por el país de los ensueños; y si se encontraba en compañía de sus amigas, no era ella la más alegre y habladora. Dejó de ser expansiva con Jeromo, y cuando éste quería saciar su anhelo en los ojos de su amada, ella los ponía en recato, temerosa de que fueran á delatar lo que pasaba en su alma.

Declarado su amor á Maruja, Jeromo siguió en el propósito de ganarle el corazón, y como entraba á la casa de don Benito y salía de ella como si fuera la propia, se hallaba en condiciones incomparables para llevar á término feliz el logro de su amoroso empeño.

Nunca sonaron mal en oídos de mujer las palabras de amor y de lisonja, y en Maruja, cuya alma tenía el candor de la paloma, fueron lenta pero seguramente á herirle el corazón. Primero le produjeron turbación y miedo; luego la pusieron meditabunda y triste, y por último, al oírlas, sintió fruiciones indefinibles y encontró poblada de encantos y de ilusiones la vida. Jeromo le ocupaba el pensamiento, y sin que pudiera evitarlo era él quien aparecía en sus sueños. Sin embargo, con solícito cuidado ocultaba el amor que por él sentía, pero llegó un momento en que, los ojos menos discretos que la palabra, se cruzaron con los de Jeromo, y en un instante traicionaron el alma enamorada de Maruja. Y mucho hubieron de decir porque en esta vez fue Jeromo quien sintió pálido el rostro y cobarde la mirada.

Los días pasaban y las horas se deslizaban felices para Jeromo y Maruja, cuyas familias, sin inquietarse, comprendieron bien pronto lo que entre los dos pasaba.

Terminadas las vacaciones, los hermanos de Maruja volvieron á la ciudad. Jeromo, cuyo cielo estaba en el pueblo, se quedó en él resuelto á formalizarse en los negocios y en los trabajos agrícolas. Y á ellos se dio con tal empeño, que don Aniceto, frotándose las manos, bendecía la

hora en que lo llevó al colegio, y doña Teresa, dándose golpecitos en las mejillas, no encontraba palabras con qué ponderar á su hijo.

Pero los entusiasmos de don Aniceto y de doña Teresa no fueron de larga duración. Jeromo se fastidió pronto de la vida campesina, y los bríos que por el trabajo y los negocios había mostrado, decayeron por entero. De continuo pretextaba viajes á la ciudad, en donde solía pasar varios días, con alegría de los allegados de doña Teresa, quienes acostumbrados á vivir al amparo de don Aniceto, dieron en recibir de Jeromo grandes ofensas, porque por no trabajar, según él, se holgaban con las labores de su padre.

A medida que pasaba el tiempo eran más frecuentes los viajes á la ciudad y más larga la permanencia en ella, hasta que al cabo se hizo enteramente á la vida ciudadana. El no ver á Maruja, unido á las distracciones cortesanas y al carácter voluble é inconstante de Jeromo, le fueron acostumbrando á la ausencia, y su amor por ella entró en merma y se desvió.

Establecido Jeromo en uno de los hoteles más lujosos y afamados de la ciudad, se dio á llevar la vida de los jóvenes desocupados, blasonadores y ricos. Sus habitaciones estaban conformes con el más refinado gusto moderno, y á su recibo acudieron amigos parlanchines y á la moda, improvisados á la fama de las riquezas de Jeromo. Dejaba pasar las horas, los días y las semanas en perezoso abandono. Salía del hotel bien entrada la mañana; se dirigía á las calles reales á conversar con los amigos y á guñarles el ojo ó á echarles un requiebro á las damas que pasaban; luego, y en compañía de otros jóvenes, recorría la ciudad en carruaje, á pie ó á caballo, y venida la noche iba al teatro ó al casino.

Pero la vida así llevada fue siempre pendiente de peligrosas caídas, y Jeromo, solo, libre, con dinero y en relación con toda clase de personas, fue á dar á la casa de juego. Al principio no pasó de simple espectador; entretuvo-

le mucho la diversión; luego revolvió como por broma la baraja, y por último se hizo célebre entre los jugadores, porque no ponía reparo en la cuantía de las apuestas.

Don Aniceto tenía que remitirle mucho dinero, y se quejaba amargamente de que Jeromo á las andadas le iba á dejar en la miseria. Doña María acababa de morir. Y, raras casualidades las de la vida, en el momento en que don Aniceto apretaba contra el pecho el testamento que lo hacía dueño de muchos bienes, se sintió presa de una enfermedad temible que lo imposibilitaba en lo sucesivo para trabajar, y recibía la noticia de que Jeromo había perdido una fuerte suma en el juego.

Muchos pesares le causaron estas noticias, y no poco dinero el no dejar comprometido el buen nombre de su hijo.

Don Aniceto agotó todas las penas; sentía que se apoderaba de su cuerpo la decrepitud con todos sus achaques, tristezas y desalientos, y no se le ocultaba que su capital, al cual le había consagrado dignidad, alma y honor, se iba á convertir en humo en manos de Jeromo.

Los amigos, convencidos de la conducta doble y ambiciosa de don Aniceto, fueron dejándole solo, y hasta las gentes labriegas perjudicadas por él le miraban con roña y de reojo.

Sólo quedaba á su lado como fiel amigo Cándido, cuyo carácter decía bien con el nombre. Sin preocuparse de veras por nada, tan pronto era abogado como médico, y sin poner escrúpulo, lo mismo le daba ser alcalde que sacristán ó cantor. Don Cleto, su padre, avisado como pocos y como pocos conocedor de las tramas de su compadre Aniceto, no pudo apartarlo de amistad tan floja de méritos y tan propensa al esquilmio, pues Cándido, con una risita que le jugaba entre los dientes, sin oír razones, ponderaba con hiperbólicos elogios la bondad de don Aniceto, y hasta se le metió que don Aniceto no hacía bien la digestión, y si él no iba á tomar plato en su mesa....

Pero un día, y todas las cosas tienen su día, don Aniceto, para corresponder á la amistad de Cándido, se hizo

su protector, y de la tal protección resultó que lo que Cándido había ahorrado de sus pleitos y recetas, es decir, su peculio profesional, cayó en los bolsillos de don Aniceto, sin que Cándido, con todas sus leyes y aleluyas, pudiera recabar ni un cuartillo. Así perdió don Aniceto su último amigo.

A Jeromo, una vez libre de su deuda infame, se le vio vagar por días cabizbajo y pesaroso, extraño á toda amistad, y motivo para ello eran á la par del público desdoro que su conducta le había acarreado, las lágrimas de doña Teresa, quien en desgredo y dolor incómparables encontraba sin valor todo consuelo, y á lo inverso de lo que pasaba en los abriles de su matrimonio, sentía ahora hasta en oírse llamar esposa de hombre rico; hallaba inútiles y hasta nocivos los caudales de don Aniceto, y con razón ó sin ella les atribuía los extravíos de su hijo.

Corriendo el tiempo, logró Jeromo entrar en calma, y volvió á sentir, como en los mejores días, que la vida le sonreía con ilusiones y esperanzas. La amistad, que en el momento de prueba había huído esquiva, dejó oír de nuevo el concierto de sus voces lisonjeras, y regó flores y tendió palmas para que pasara el joven inexperto.

Un día que Jeromo paseaba de bracet con un amigo por la avenida central, acertó á pasar un rico carruaje tirado por un tronco de alazanes de pura sangre inglesa, y conducido por un apuesto auriga cuyo rostro sonrosado y rubios cabellos se destacaban graciosos sobre lo azul y oro de su uniforme blasonado. Iban en él cuatro damas de porte aristocrático. Se imaginó Jeromo que de las dos de atrás la de la derecha lo había mirado con intención y donaire.

Apuró el paso para orientarse de la dirección que llevaban, pero el carruaje, que se alejaba á toda rueda, burló su intento y desapareció en breve embocando por una de las calles laterales de la avenida. La conversación que Jeromo traía con el amigo, y que no debía ser importante, quedó sustituida por otra muy vehemente sobre las damas

del carruaje. Quiénes podrán ser? se preguntaban. No las habían visto en la ciudad, pero todo daba á entender que eran millonarias y de la más escogida aristocracia. Tal vez son extranjeras, ó por lo menos se han educado en Europa. ¡Qué idilio tener amores con una de esas muchachas! decía Jeromo. Así es como quiero yo una novia, y no me queda duda de que la de atrás simpatizó conmigo. Qué felicidad volverlas á encontrar.

Hablando así recorrieron calles y plazas, sin que la casualidad diera gusto á sus deseos. Jeromo no tuvo sosiego desde entonces, y por su imaginación en delirio pasaban y repasaban avenida, carruaje y damas.

A medida que todo aquello iba haciendo mella en su corazón, el amor por Maruja entraba en olvido.

Jeromo desesperaba de volverlas á encontrar.

Una noche, para darle descanso á su imaginación calenturienta, fue al teatro á presenciar la representación de *Hamlet*.

Y cuál no sería la sorpresa cuando, al revolver los gemelos por los palcos, encontró á las damas por quienes tenía embargado el pensamiento. Allí estaban ellas en todo el esplendor de su belleza, atrayendo sobre sí las miradas de curiosos y admiradores. Ante ellas quedó Jeromo como enajenado, sin que fueran parte á divertir su atención ni lo extraño y rico del aparato teatral, ni lo inmenso del concurso, ni la manera incomparable como se iban sucediendo las escenas del gran trágico inglés. Los aplausos que arrancaban los artistas apenas le hacían volver la mirada al escenario, y le seguían repercutiendo en el oído como sonata de una pesadilla.

Allí hubieran corrido las horas sin que Jeromo lo notara, pero un aplauso prolongado y general le advirtió el final del drama.

A poco los palcos principiaron á quedar vacíos. Jeromo, andando de prisa, se colocó en lugar apropiado, para observar las bellezas que salían, y sobre todo aquellas por quienes andaba en volandas.

Al fin, tras un corto esperar, pasaron á saludo, arrebatando con sus singulares atractivos la admiración de los que presenciaban el desfile. No hubo mirada que no las siguiera, ni acento que no se levantara en su alabanza.

Jeromo, pálido, nervioso, sin atreverse á pronunciar una palabra, las siguió hasta que subieron al carruaje.

El látigo restalló en el aire, la briosa pareja se estremeció, levantó las manos, se recogió un tanto, y en potente empuje partió sacando chispas con los herrados cascos de las lastras del pavimento. Las gentes se fueron marchando en todas direcciones, y poco después la calle quedaba solitaria. Jeromo se separó de sus amigos, y solo se encaminó al hotel. Andaba meditabundo y á pasos lentos, rebusado en el gabán para esquivarse del frío de la noche. La ciudad estaba silenciosa, y sólo se oía de tanto en tanto el pitazo de vigilancia ó á lo lejos el ladrido de un perro guardián. En el cielo titilaban las estrellas, y nubes blancas, como gasas de armiño, jugaban al rededor de la luna creciente. A veces veloces exhalaciones, como luceros en fuga, cruzaban el espacio y desaparecían. La placidez de la noche formaba singular contraste con las agitaciones que en el alma sentía Jeromo.

En el teatro había tomado toda clase de informaciones respecto de las damas, y si ante ellas no mermó su audacia, debiólo en parte á su propio carácter y en parte no pequeña á las enseñanzas de doña Teresa. Mañana, se decía, iniciaré en forma los amores, y vivo seguro de que el éxito colmará mi deseo.

Con estos dulces pensamientos se iba á entregar al descanso cuando, al pasar los ojos por la mesa, vio un telegrama. Era de su casa. Se le decía secamente que don Aniceto estaba en peligro. Importaba, pues, volar á su lado. El sueño, "dulce consolador de los mortales," que dice el Duque de Rivas, no vino á calmarle en su cuita.

Entre mil revueltos pensamientos pasó el resto de la noche, y al día siguiente en la mañana salió para su pue-

blo. Cuando á él llegó, el sol enfilaba por las callejas desiertas, y las sombras principiaban á sentarse en las quiebras del monte. Quiso informarse del estado de su padre con los aldeanos que encontraba al paso, pero el temor de una mala noticia, lo apartó de tal propósito. Atravesó diagonalmente la plaza para acortar camino. Unos chicos que alborotaban en la terre tocando á la oración, dejaron el barullo y á toda carrera le dieron alcance, justamente cuando se apeaba ante el portalón de sus mayores. Cada cual se esforzaba por hacerle un cumplido y por darle la información que él iba pidiendo.

En esto apareció doña Teresa, quien, bañada en lágrimas, fue á dar entre los brazos de su hijo.

— ¡ Madre! fue la única palabra que pudo articular Jeromo.

Doña Rita, que le seguía los pasos á doña Teresa, completó el cuadro.

Momentos después entraron en la casa, en donde no se sentía ni el vuelo de una mosca.

Doña Teresa y doña Rita informaron ampliamente á Jeromo de todo lo ocurrido. Un ataque repentino había puesto á don Aniceto á las puertas de la otra vida. Los médicos daban por pasado el peligro, si bien en su opinión, convenía andar sobre aviso, pues si por desgracia el ataque se repetía, el caso sería desesperado. Mientras esta conversación iba corriendo, entraron á saludar á Jeromo varias personas, y entre ellas Maruja, que velaba á la cabecera de don Aniceto.

Cuando Jeromo se hubo repuesto un tanto de las fatigas del viaje y del pesar que le causaban tan tristes nuevas, pasó á ver á don Aniceto. El cuadro que se presentó á su vista al trasponer la mampara, le dejó estupefacto. Allí estaba don Aniceto boca arriba, pálido, con los ojos cerrados, en estado muy semejante al de la muerte. Jeromo se avalanzó al lecho y cubrió de besos y lágrimas la cadavérica frente de su padre. Esa noche la pasó toda á la cabecera, acompañado de don Benito.

El estado de don Aniceto no ofreció cambio ninguno en las primeras horas, pero hacia la madrugada, sobrevino la calentura, y el delirio se apoderó de él.

— Ahora sí nadie me quita á Quebradablanca, decía con espantables gesticulaciones. Y el Pajonal también lo cojo. Por supuesto. Mi tía Micaela ya no dura mucho. ¡ Ja! ¡ ja! ¡ ja! Ya verá.

Don Benito, que sabía el porqué del delirio, quiso distraer á Jeromo para que no se impresionara, cuando don Aniceto, en medio de convulsiones epilépticas, dio un grito que los dejó pasmados, y dijo:

— Míren ustedes á mamá en el cielo.... pero.... fíjense cómo me mira! Está triste porque la engañé. Sí, señora, perdón, eran calumnias. Mis sobrinos son buenos, son honrados. Sí, señora, lo son, y mucho. El pícaro, el malo, el cernícalo de los demás soy yo. Pero vean, señores, saquen á don Petronilo de aquel horno; no lo dejen quemar así. Míren, míren cómo me hace señas para que vaya á acompañarlo; y diciendo esto clavaba los ojos, casi fuera de las órbitas, en un rincón á medias iluminado por la lumbre oculta en el velador.

Dos horas largas pasó en este brete, hasta que al fin, después de tanto hablar y de tanto moverse, volvió á quedar inmóvil y en silencio.

Al mes, ya estaba fuera de inminente peligro don Aniceto, pero ¡ en qué estado! Con medio cuerpo paralizado, torcido el rostro y surcado de profundas arrugas; humillada la cabeza sobre el pecho; bajo y turbio el mirar.

Sentado en el sillón de vaqueta, envuelto en mantas y trapajos, inapetente y taciturno, pasaba los largos días y las noches interminables, doliente y afligido, sin que fueran parte á reanimarlo los mimos de doña Teresa y las visitas de sus compasivos conterráneos.

Entre tanto, los bienes, en poder de mayordomos tontos los unos y rapaces los otros, empezaron á menguar, y aun los que en el pueblo pasaban por menos listos, anunciaban

que aquella fortuna, tan sólida al parecer, se desharía como azúcar en el agua. Don Cleto, que era el oráculo de la parroquia, pronosticaba una pronta y radical catástrofe en los bienes que malamente había heredado don Aniceto, y se basaba para asegurarlo en el conocido adagio de que "lo que por agua viene, por agua se va."

Las personas perjudicadas, ó más claro, esquilgadas por don Aniceto, iniciaron multitud de pleitos en reivindicación de sus bienes usurpados. Y como se aglomeran las desgracias y pesares sobre las personas caídas que por cualquier motivo se han hecho odiosas, así se aglomeró toda clase de desastres sobre los caudales del heredero calumniador y malévolo, sobre el tuno redomado de don Aniceto, imposibilitado ahora por el estado deplorable de su salud, para defenderse y para desplegar sus ocultas y favoritas añagazas. Hallábase con un pie en la sepultura, y la ruina se cernía por encima de lo que había constituido el encanto de su vida.

Jeromo, tranquilo en parte, por lo tocante á la enfermedad de su padre, se entregó á varios quehaceres; pasaba el día en los trabajos del campo, y por la noche iba á alguna de las casas conocidas, que no fuera la de don Benito.

En una de aquellas visitas y en una conversación en que se charlaba de todo en la más cordial armonía, Jeromo, que era, como si dijéramos, el director de orquesta en aquella reunión, y que llevaba la palabra de un asunto á otro, manteniendo en atención á los tertulianos, la dejó caer al fin, en sus pretendidos amores de la ciudad. Al principio, sea por consideraciones con Maruja, ó bien porque quisiera darle mayor interés al relato, comenzó por tonos suaves, por frases que, harto disimuladas para no decir bastante, dejaban sin embargo adivinar que andaba en idilios.

A medida que hablaba y que la natural curiosidad de los oyentes le acosaba á preguntas, se fue soltando en pormenores, hasta que dejando todo rodeo, terminó diciendo que estaba locamente enamorado de una muchacha de la alta aristocracia.

—¿Y cómo es el nombre de esa afortunada? preguntó la dueña de casa.

—Poco afortunada, señora, respondió Jeromo, afectando una risita de modestia. Se llama Angélica.

—Y por supuesto una belleza, observó alguno, porque supongo que usted tendrá un gusto admirable.

—Sí, una belleza, y me atrevo á asegurar que sería difícil encontrar otra mujer que reuniera tanto número de perfecciones, y en grado tan alto. Yo necesitaba, continuó Jeromo, una mujer que llenara plenamente mis aspiraciones, que estuviera á mi altura, y á quien pudiera hacer partícipe de mis caudales, que, honradamente ganados por mi padre, están ya á mi disposición, y á Dios gracias, la he encontrado en Angélica. Mi madre está hueca de contento. Me tiene turulato porque la lleve á conocer á su futura y próxima nuera. El nombre le ha gustado muchísimo, porque dice que le sabe á cielo. De mi padre no se diga. Está interesado porque me case este año. En cuanto al nombre, anda en opiniones con mi madre, pues á él le gustaría más el de Carmen, por ser devotísimo de la Virgen en esta advocación.

Las preguntas menudeaban sobre todos los pormenores que el caso ofrecía, y ninguno dejó de hacer la suya. A Maruja le llegaron los ecos de aquella conversación, pero supo devorar en silencio el hondo desconsuelo de su alma.

A los pocos días de esta velada regresó Jeromo á la ciudad, armado de todas armas y resuelto á rendir el corazón de Angélica. Se arrepentía allá en su interior de haber hablado ante sus padres y amigos de los amores con la aristócrata dama, como si fuera cosa hecha, cuando aún andaban en mantillas, si era que andaban. Para no caer en ridículo, importaba sobre manera darles sér; convertirlos en realidad cuanto antes, y tanto más convenía esto, cuanto sus padres se preparaban como si los amores fueran de verdad.

ANGEL MARÍA SAENZ

(Concluirá)